

En despreciarme, y sea
Objeto de tus iras mi constancia;
Nunca el furor mitigue
Tu crueldad, nunca crea
Tu corazón mi fe, mi tolerancia;
Nunca ceda á mi instancia
Tu agraviada belleza,
Ni aunque te sirva amante,
Jamás un leve instante
Te obliguen mi cariño y mi fineza;
Sufra quien no ha sabido
Sus glorias conservar favorecido.
Mas ¡ay! que miente el labio,
Y el alma no quisiera
Que su bárbara voz obedeciese;
Sí, que culpa y agravio,
O perdonado fuera,
O en la memoria no le consintiese;
Que como tú vivieses
Sin la ofensa en los ojos,
Ni en el pecho la saña,
Fuera menos extraña
Mi terrible pasión en sus enojos;
Bastándole á mi muerte,
Sin otro horror, el ansia de perderte,
Ver que ya en aquel risco
No esperas, cual solias,
De mis corderos la feliz manada;
Ver que busca otro aprisco
La tuya, que querias
Junta al pacer y aun al dormir mezclada;
Ver que ya en la majada
No se recibe el voto
Con que mi fe sincera
Te obsequió la primera
A quien afable no pusiste coto;
Ver, en fin, tu mudanza,
Sobra para que pierda mi esperanza,
Sin ella este martirio
Crüel y riguroso
Me acabará, Marfisa, prestamente;
Presagio es el delirio
Que oprime sin reposo
La vida, que ya esfuerzo débilmente;
Que el dolor no consiente
Respiración sin susto,
Facultad sin flaqueza,
Consuelo sin tibieza,
Ni sin zozobra diversion ó gusto;
La plácida costumbre
Del sueño es ya molesta pesadumbre.
Tan como cierta espero
La ruina lamentable
Que, firme en mi turbada fantasía,
Pálido aspecto fiero
De sombra formidable
Trágico abulta la congoja mía.
Dirá la fama un día,
Cuando á los siglos cuente,
Por digna de memoria,
Mi lastimosa historia,
No sólo aquí, pero de gente en gente:
«De Lisardo el destino
Fue errar, le castigaron, murió fino.»
Así se lamentaba
El pastor afligido,
Cuando de entre unas peñas, donde atento
Palemon escuchaba
El eco dolorido,
Salió con mudo paso, torpe y lento,
Fiando el movimiento
Al trémulo cayado,
Y con serio semblante,
Vuelto al confuso amante,
De anciano estilo natural cuidado,
Sin afectar razones,
Profirió estas seguras expresiones.

PALEMON.

Jóven que neciamente
Al frenesí tirano
De amor te arrojas, por tu culpa ciego,

Huye de su inclemente
Poderlo inhumano,
No avives más con el suspiro el fuego;
Resuelve desde luego
Seguir el desengaño,
Que nadie sin hallarle
Se queda, si al buscarle
No le acobarda en el principio el daño;
Ese ardor mal nacido,
Quien le quiere extinguir le ve extinguido.
No que deidad se nombre,
Ni que su origen sea
De aquella, parto infame de la espuma;
No, Lisardo, te asombre,
Mentida es Citherea,
Como del niño infiel la alevé pluma;
Porque no se presume
Vil el comun defecto
Que á tantas almas vicia,
Le inventó la malicia,
Sagrada estirpe á tan sensual afecto;
Siendo sólo una llama,
Que con el humo lo que enciende infama,
Amor es aquel fiero
Implacable homicida,
Aquel duro, aquel bárbaro tirano
Que contra el libre fuero
Del alma y de la vida
Vierte fatal el tósigo inhumano;
Suya es aquella mano,
Que aplica, nunca escasa,
En el vaso que ofrece,
El fuego que entorpece,
O al contrario la nieve con que abrasa;
Pues ¡quién fundó esperanza
En dueño que no admite la templanza?
Un gusto pasajero,
Que nunca sin azares
Le tuvo el ménos triste, el más dichoso;
Un gusto que primero
Se ceba en los pesares,
Tardo en venir, llegando presuroso;
Un gusto que engañoso
No cumple lo que ofrece;
Y en fin, Lisardo, un gusto
Que más que en él se goza, se padece,
Te ha de vencer de modo
Que falte ya tu entendimiento en todo?
¿Qué tabla, por fortuna,
Constante y dilatada,
Adorna la pared del templo infame?
¿Cuándo pasión alguna
No acabó malograda?
¿Quién no gimó como de véras ame?
¿Qué verdad, aunque clame
La rabia, fué creída?
¿Qué ternura en el labio
Se libró de un agravio?
¿Qué beldad no olvidó lo bien servida?
¿Quién, en fin, sin desvelos,
Quién sin tristeza quiso? ¿Quién sin celos?
Vuelve, vuelve los ojos
Al antiguo ejercicio
Que te hizo señalado allá en la aldea;
No más locos despojos,
Ni injusto sacrificio
Al solo afán en que tu fe se emplea.
Yo sé lo que desea
Tu pasión atrevida,
Y sé que la hermosura
Que anhelas por ventura,
Está por propio dueño defendida;
Pues ¡qué intentas, qué quieres,
Si no es tuyo ese bien, cuando le adquieres?
¿Por ventura el deseo
Descubre mayor gloria
En vencer los rigores de una ingrata?
Yo, Lisardo, no veo
Que cifre esa victoria
Circunstancia que pueda serte grata,
Que el antojo combata
Con furor y osadía

Por floridos laureles,
Es de amantes noveles,
Pero empeñar el gusto y la porfía
Por ya marchitas hojas,
Es trofeo no digno de congojas.
Tú, que un tiempo mostraste
Tan altos pensamientos,
Que el más notado de la envidia fuiste,
¿Cómo, di, te olvidaste
De tus nobles intentos,
Y así á una torpe idea te rendiste?
No, amigo, no; desiste
De tan loco embeleso,
De tan injusta instancia,
De tan necia constancia,
Y ya que en tus pasiones el exceso
Le juzgues conveniente,
Sé amante, pero nunca delincuente.
Ea, Lisardo, vamos,
Sabrás en el camino
Lo que dictan mis canas y experiencia:
Buen material llevamos;
Que el cielo me previno
Tal vez para remedio á tu dolencia.
Esfuerza la paciencia,
Que no ha de estar ociosa,
Si aplicas, convencido,
A mi voz el oído;
Vamos, pues, que la sombra perezosa
Llega ya al horizonte,
Y el sol á las espaldas de aquel monte.

OCTAVAS (1).

(Premiadas en tercer lugar.)

No morirás, si estas enamorado,
Kostka divino, que consigue luego
La atendida eficacia del cuidado

(1) Damos á la estampa estas alambicadas octavas, no por su mérito poético, que no es grande, sino como curiosidad de historia literaria. Fueron escritas en 1727 con motivo de una *Justa Poética* celebrada en Murcia. El asunto está expresado en las siguientes palabras del programa:

«San Estanislao de Kostka, estando de huéspedes en casa de un hereje, cayó mortalmente enfermo, y no podía conseguir que le administrasen el viático... Un ángel le dió visiblemente la sagrada Comunión, y con ella la vida también del cuerpo... Desempeñen este caso los poetas en seis octavas. El primer premio será una bandeja de plata con dos garrafitas de cristal azul, boquillas y tapaderas de plata. El segundo un reloj de fañiquería, de plata, con su cadernilla. El tercero una caja de tabaco, de marfil, con pintura y cristal, y dos pañuelos de seda.»

Alivio al mal cuanto atención al ruego;
Oféndate el hereje, que obstinado
La dicha intenta limitarte ciego;
Que así será tu afecto más ardiente,
Pronto el remedio y breve el accidente.
Vivias á merced de lo que amabas,
Porque de solo amar, Kostka, vivias,
Y capaz del objeto que adorabas,
Tanto como adorabas, entendias;
En el bien por quien tierno suspirabas,
Todo cuanto esperabas adquirias;
Con que á la vida, al noble entendimiento
Nutriste del benéfico alimento.
¿Cuánto yerra quien torpe te convida,
Por obsequiarte, con manjar grosero
En mesa del antojo presidida,
Pues para tí no es éste el verdadero!
Quien vive por comer, ése decida
Cuál gradúa en su aprecio de primero;
Tú comes por vivir, y así te adula
Banquete donde Dios sacia tu gula.
No al barro quebradizo permitiste
Licencias de señor; más advertido,
Al alma, que es divina, concediste
Dominar uno y otro infiel sentido;
Y como en tal estado la pusiste,
A más exacta obligación ceñido,
Sin repugnar de fácil ó de adusto,
Sólo la gracia satisfizo al gusto.
Bien quisiera el ardor que me posee,
Dilatarse en tu elogio, Kostka santo,
Pero es justo que débil titubee
Al descubrir en tí milagro tanto;
Mi voz, por más que plácida se emplee
En distinguirte, cederá al quebranto;
Sólo mi pasmo á tu virtud dirijo,
Si vive Cristo en tí, según colijo.
A tanto sacramento se acobarda
La inexperta osadía de mi pluma,
Y de respeto detenida ó tarda,
Reduce el curso á compendiosa suma;
Dios, á quien todo tu deseo guarda
En el altar del pecho, es bien presume
Discernir lo que vives, cómo y dónde;
Pues que fué tu comida, en él se esconde.

Alcanzó el primer premio fray Domingo Lopez, del orden de Predicadores. El segundo el célebre don Diego Cernadas, cura de Frumie. El tercero DON AGUSTIN DE MONTIANO.
Ya gozaba MONTIANO de cierta fama de poeta. Acababa de publicar su poema *El Rapto de Dina*. ¡Cuánto le mortificaría verse vencido por el cura de Frumie, uno de los malos copleros de aquel tiempo! (Nota del Colector.)

DON JUAN DE IRIARTE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en el puerto de la Orotava ó de la Cruz, de la isla de Tenerife (Canarias), el 15 de Diciembre de 1702. A los once años de su edad (1713) le envió su padre á París para que allí recibiese una educación literaria esmerada. Dos años despues pasó á Ruan en compañía de Mr. Hely, amigo de su padre y antiguo cónsul de Francia en las islas Canarias. Fueron tan singulares los progresos de IRIARTE en todos sus estudios, y especialmente en los idiomas griego y latino, y aventajó de tal manera á todos sus condiscípulos, según declaración escrita de los mismos profesores franceses, que se juzgó indispensable enviar de nuevo á París al brillante alumno, para que perfeccionase su educación en el célebre colegio de *Louis-le-Grand*.

Ocho años consecutivos permaneció DON JUAN DE IRIARTE en este colegio, y allí adquirió la ins-

truccion fundamental á que debió el llegar á ser uno de los hombres más eruditos de su tiempo.

Volvió á Orotava despues de haber residido algun tiempo en Lóndres. Pero habiéndose encontrado con la triste novedad del fallecimiento de su padre, se decidió á pasar á Madrid, adonde llegó á fines de 1724.

Allí, por su amor al estudio y su asidua asistencia á la Biblioteca Real, llamó la atención del padre Guillermo, *Guillermo Clarke*, confesor del rey Felipe V y del bibliotecario mayor *don Juan de Ferreras* (1). Con las alabanzas de estos doctos varones empezó á cundir el buen concepto que IRIARTE se iba granjeando, y solicitado por personas de jerarquía eminente, fué preceptor del Duque de Béjar, del Duque de Alba y del Infante don Manuel de Portugal durante la permanencia de este príncipe en la corte de España. En 19 de Abril de 1729 fué admitido como *escribiente* en la Biblioteca Real, y en 4 de Enero de 1732 le nombró el rey *bibliotecario*. Allí se encontró en su natural esfera. Su vida fué desde entónces una serie no interrumpida de tareas literarias y de investigaciones bibliográficas.

Su profundo conocimiento de las lenguas antiguas y modernas llamó la atención del *Marqués de Villartas*, ministro de Felipe V, y en 21 de Febrero de 1742 fué nombrado oficial traductor de la primera secretaría de Estado.

Escribió algunos artículos notables por su excelente crítica en el *Diario de los Literatos de España*. En la *Academia Española*, que le admitió en su seno el 6 de Agosto de 1843, se distinguió en alto grado por su erudición y laboriosidad. Allí leyó un *Discurso sobre la imperfeccion de los Diccionarios*, una *Crítica de las famosas endechas de don Antonio de Solís á la conversion de San Francisco de Borja*, y otros opúsculos importantes.

Escribía versos latinos con mayor facilidad que versos españoles, y en latin compuso ingeniosas poesías, tales como *Taurimachia Matritensis sive Taurorum ludi*, *Matriti die Julii 30, anno 1725, celebrati*, y las que leyó en las distribuciones de premios de la *Academia de San Fernando*, á la cual pertenecía como académico honorario. Don Vicente García de la Huerta, á pesar de su orgullo, no tuvo á mengua traducir en verso castellano algunas de las composiciones latinas de DON JUAN DE IRIARTE. En las *Obras sueltas* del insigne bibliotecario se imprimieron dos de estas traducciones, hechas en romance heroico: la una titulada *Accion de gracias de la Real Biblioteca á Carlos III*; la otra, *Regocijo público en las felices bodas de los serentisimos príncipes nuestros señores*.

Los trabajos que hizo como bibliógrafo y bibliotecario son inmensos, y tanto más ejemplares cuanto que éstos son de aquellos que cuestan mayores faenas y proporcionan ménos gloria. Sólo citarémos la *Paleografía griega*, que entresacó de los innumerables manuscritos de este idioma que habia manejado; y el catálogo anotado de estos manuscritos, que se imprimió en 1869, en fólío, con este título: *Regie Bibliothecae Matritensis Codices MSS. Joannes Iriarte, ejusdem Custos, Manuscriptorum museo olim praepositus, idemque Regis Interpres intimus, excussit, recensuit, notis, indicibus, anecdotis pluribus evulgatis illustravit*. Contiene este catálogo, entre otras cosas, noticias de más de cincuenta códices, que copió por su propia mano el famoso Constantino Lascáris.

El trabajo incesante y sedentario de DON JUAN DE IRIARTE agotó sus fuerzas y acortó su vida. Murió el 23 de Agosto de 1771, á los sesenta y ocho años de su edad. No habia dado todavía la última mano á su excelente *Gramática latina, en verso castellano*, cuya revision confió poco ántes de morir á su sobrino don Tomás de Iriarte, el cual cuidó de darla á la estampa pocos meses despues de la muerte de su tío.

En dos elegantes tomos en 4.º mayor se publicaron, el año de 1774, las *Obras sueltas* de DON JUAN DE IRIARTE, á expensas de la aristocracia madrileña. La idea en sí misma y el lujo de esta edicion, que lleva al frente un precioso retrato del autor, compuesto y dibujado por Maella y primorosamente grabado por Carmona, pueden considerarse como un lisonjero homenaje debido al talento y á las virtudes del sabio bibliotecario.

Del apacible y candoroso carácter de DON JUAN DE IRIARTE nada puede dar más exacta idea que la carta que á poco de su fallecimiento escribió á su sobrino el célebre y erudito *padre fray Enrique Florez*. Nos complacemos en publicarla á continuacion:

(1) El historiador *don Juan de Ferreras* fué el segundo Bibliotecario Mayor que tuvo la Real Biblioteca fundada por Felipe V en 1712.

«Me precio de ser uno de los más favorecidos de su amabilísimo tío, y él fué quien me persuadió á escribir *La España Sagrada*. Pero sobre todo arrebató mi memoria y mi amor aquel raro conjunto de prendas que atesoraba; aquella universal noticia de todo; aquel gusto tan delicado, que en cada cosa tocaba lo más fino; aquella grande humildad en tanto como sabía; aquella boca de oro, cuyos labios jamas mancharon á ninguno; aquella pronta acomodacion de cada cosa á lo que sólo á él se le ofrecia, y todos aplaudiamos al oírlo; aquel sabio modo de aprovecharse de cuanto habia leído para la rectitud de sus operaciones; aquella conciencia tan pura y delicada, que daba el primer lugar al santo temor de Dios, y á mí me edificaba y confundia. El sufrimiento, paciencia y resignacion que en los últimos dias mostraba en las continuas aflicciones con que el Señor le purificó, me enternecieron varias veces, viendo á un hombre de tan inculpable vida pedirme le encomendase á Dios para que le perdonase. Digo esto por regalar mi memoria con la suya; pues le amé de corazon, y nunca me olvidaré de tal amigo, encomendándole á Dios, y encomendándome á él, para que alabe por mí á quien le hizo tan bueno y tan amable.»

C.

POESÍAS.

EPIGRAMAS.

I.

El imposible mayor
Que halla Ovidio, es que del fuego
Nazca el agua. Yo lo niego,
Que he visto llorar de amor.

II.

Puso fijas en el suelo
Las flores el Criador;
Mas la mariposa es flor
Que anda errante por el cielo.

III.

La beldad más superior,
Si de discrecion carece,
¿No sabes lo que parece?
Flor vistosa sin olor.

IV.

Quien se acicala y repule,
Quien presume en el vestir,
O quiere que gusten de él,
O gusta mucho de sí.

V.

A un prior tartamudo.
De muy ligero en la misa
El prior me reprehende;
Y yo demostraré que él
La dice mucho más breve.
Tartamudeando repite
Cada palabra tres veces;
Y así, mientras yo una misa,
El tres juntas decir suele.

VI.

Todo lo vence el amor,
Todo lo consume el tiempo;

VII.

¿Cuál de los dos puede más,
Aquel niño, ó este viejo?

Casi igual suma se advierte
De gente muerta y nacida,
Con tener sólo la vida
Una puerta, y mil la muerte.

VIII.

Frutos de España.
En seis cosas se aventaja
A todos el suelo hispano:
Caballos, toros, ovejas,
Vinos, aceites y granos.

IX.

Tanto como en el hablar
Excede el hombre á las bestias,
Excede á los hombres mismos
El que habla con elocuencia.

X.

La primavera, el estío,
El otoño y el invierno,
Dime en breve, ¿qué producen?:
Flores, mieses, frutas, hielos.

XI.

Al leon esculpido por Felipe de Castro,
Un leon hay en el Retiro,
Otro en el nuevo palacio;
Hizo á aquél naturaleza,
A éste la mano de Castro.
Pero si con el viviente
Al esculpido comparo,
Este parece monarca,
Aquél parece vasallo.

XII.

Aunque al espejo se miran
Las mujeres con frecuencia,